

Europa como proyecto autoritario: de Napoleón al Káiser y al Führer

José M^a Ortiz de Orruño

Ensayista e historiador helenístico, Plutarco de Queronea escribió *Vidas Paralelas*, una joya literaria que contiene un conjunto de semblanzas biográficas sobre destacadas personalidades grecolatinas, agrupadas de dos en dos y con una clara intención moralizadora. La más famosa de esas parejas es la formada por Alejandro Magno y Julio César, los mayores estrategas de la Antigüedad clásica. Durante siglos, sus gestas han sido leídas por todos cuantos han soñado con la gloria militar. No es de extrañar, por tanto, que entre los lectores de Plutarco figuren también Napoleón Bonaparte (1769-1821), Guillermo II (1859-1941) y Adolf Hitler (1889-1945).

Aunque vivieron en épocas muy distintas, todos ellos intentaron dominar por la fuerza al continente europeo. Napoleón y Hitler fueron líderes enérgicos y carismáticos, temerarios e insensibles. Ninguno de los dos parecía a priori destinado a jugar un papel histórico relevante, pues ambos comenzaron siendo extranjeros en sus respectivos países de adopción. Napoleón nació en Córcega, el francés era su segunda lengua y siempre lo habló con acento italiano. Hitler, que era súbdito del imperio austrohúngaro y pasó su primera juventud en Viena, no consiguió la nacionalidad alemana hasta 1932. Uno y otro se vieron catapultados al centro del escenario político en virtud de dos acontecimientos verdaderamente extraordinarios: la Revolución francesa (1789-1815) y las turbulencias de la Europa de entreguerras (1918-1939). Dos fenómenos que trastocaron las jerarquías sociales y abrieron una ventana de oportunidad a los individuos más audaces.

Muy distinto fue el caso de Guillermo II. Hijo y nieto de emperadores, accedió al trono en 1888, tras los fallecimientos casi seguidos de su abuelo y de su padre. Ni por formación ni por carácter el joven *káiser* estaba preparado

para regir los destinos del poderoso Imperio alemán. Educado en los rígidos valores del autoritarismo prusiano, era inteligente, pero también irritable e inconstante. Se empeñó en gobernar de manera personal, sin entender del todo la complejidad del Estado moderno. Le gustaba lucir vistosos uniformes militares y sus apariciones públicas resultaban siempre muy teatrales; en privado era muy influenciado y no siempre estuvo bien aconsejado, sobre todo en las cuestiones relacionadas con la política exterior. Alemania quedó aislada en el contexto diplomático europeo por su empeño en crear a destiempo una potente marina de guerra y un gran imperio colonial; pero, sobre todo, por ligar ciega y fatalmente su suerte a la de Austria-Hungría, enredada en el avispero de los Balcanes. Guillermo II no supo calibrar los riesgos de su política exterior, pero difícilmente se le puede acusar de haber provocado la Primera Guerra Mundial.

Napoleón y Hitler tuvieron menos escrúpulos a la hora de recurrir a guerras preventivas. Como Clausewitz, el gran teórico militar prusiano, pensaban que la guerra es la continuación de la política por otros medios. Megalómanos hasta el delirio, construyeron formidables maquinarias bélicas y las utilizaron despiadadamente para lograr sus objetivos. Si uno justificaba su actitud apelando a la seguridad de Francia y a la necesidad de acabar con los poderes feudales en nombre de la libertad, la igualdad y la fraternidad revolucionarias, el otro hablaba de restaurar el orgullo alemán, de acabar con la amenaza judeo-comunista y de proporcionar al III *Reich* el espacio vital necesario para durar mil años. Ambos encontraron en las estepas rusas el principio del fin. Pero no se dejaron intimidar por los reveses militares, ni por los enormes padecimientos de la población. Solo se rindieron cuando sus oponentes tomaron militarmente París y Berlín, las capitales de sus respectivos imperios.

La posteridad, en cambio, les ha tratado de forma muy distinta. Muchos franceses respiraron con alivio tras la derrota de Napoleón en Waterloo. “El mayor hacedor de viudas y huérfanos”, tal como lo definió Chateaubriand, dejó tras de sí un país extenuado, empobrecido y desangrado tras muchos años de guerras. Pero, con el tiempo, se fue dulcificando el recuerdo de Napoleón. De gran tirano pasó a ser considerado el constructor de la Francia moderna. Su leyenda como gran héroe nacional no ha dejado de crecer desde la repatriación de sus restos mortales, que desde 1840 reposan en París, bajo la cúpula del Palacio Nacional de los Inválidos.

Cercado y abatido, Hitler se suicidó en su bunker de Berlín el 30 de abril de 1945. Antes de morir, ordenó que su cuerpo y el de su compañera Eva Braun

fueran incinerados en el jardín de la cancillería para evitar su profanación. Pero en mitad del combate, sus esbirros solo cumplieron el encargo a medias. Los cadáveres fueron descubiertos y reconocidos. Los rusos se los llevaron para evitar que la tumba del genocida nazi, símbolo de la abyección y la infamia, pudiera convertirse en un lugar de memoria.

El recuerdo de Guillermo II, por su parte, hace tiempo que se ha desvanecido. Tras la derrota de su Imperio en noviembre de 1918, abdicó y se exilió en Holanda. Vivió en Huis Doorn sin mayores contratiempos hasta su fallecimiento en 1941. Sus restos mortales reposan en un pequeño y solitario mausoleo. Una sencilla placa recuerda que allí yace el último *káiser* alemán, el cual pidió no ser trasladado a su país natal hasta que no se restaurara la monarquía. Y allí sigue.

Napoleón Bonaparte, emperador de Francia y señor de Europa

Napoleón fue producto de la Revolución Francesa (1789-1815), que transformó de manera radical la sociedad europea del momento. En nombre de la libertad, la igualdad y la fraternidad se abolieron las viejas jerarquías y los valores de la sociedad estamental. La Declaración de los Derechos del Hombre y del Ciudadano (26 de agosto de 1789) fue recibida como la promesa anticipada de un mundo más justo y mejor. El ideal revolucionario suscitó adhesiones unánimes, pero también enconadas resistencias en todas partes, incluida Francia. Tras la proclamación de la República, la ejecución de Luis XVI y la ruptura con la Iglesia, la Europa monárquica y ultraconservadora declaró la guerra a la Francia regicida y amoral. Se abrió un periodo bélico —en el que también estaba en juego la disputa franco-británica por la hegemonía continental— que se prolongó hasta 1815.

Fuera de Francia, la figura de Napoleón sigue siendo bastante controvertida. Incluso entre los especialistas. ¿Continuador o sepulturero de la Revolución? ¿Estadista capaz o mero dictador? ¿Liberador de los pueblos europeos o simple depredador de sus riquezas? De lo que no hay duda es de su inteligencia natural, de su capacidad de trabajo, de su tenacidad, de sus dotes organizativas y de su genio indiscutible como estratega militar.

Napoleón nació en Córcega (1769), justo en el momento en que la isla acababa de ser adquirida por Francia. Al igual que sus hermanos, estudio en el continente gracias a la colaboración de su padre —un abogado perteneciente

a la pequeña nobleza local— con los nuevos gobernadores de la isla. Napoleón siguió la carrera militar y se graduó como subteniente en 1786. Al estallar la Revolución se alineó con los jacobinos y en sus filas consiguió su primer éxito militar. Fue en la toma de la base naval de Tolón (1796). Utilizando la artillería de forma precisa quebró la resistencia de la ciudad, que estaba en poder de los legitimistas y protegida por la escuadra británica. El joven artillero destapó entonces sus grandes cualidades estratégicas: imaginación, capacidad organizativa y determinación.

Depurado tras la caída de Robespierre, fue rehabilitado en 1795 tras disolver en París una revuelta a cañonazos dirigida contra al Directorio. Paul Barras le tomó bajo su protección y le encomendó reforzar la maltrecha línea fronteriza de los Alpes. En poco tiempo el “petit caporal” consiguió levantar la moral y la confianza de un ejército descontento y mal alimentado. Obtuvo victorias tan decisivas sobre Austria que Viena cedió a Francia gran parte del norte de Italia, los Países Bajos y el valle del Rin. El genio de Napoleón brilló en el campo de batalla y también a la hora de volver a trazar fronteras y organizar los territorios conquistados. La exitosa campaña de Italia cimentó su gloria militar. Tanto que el Directorio, receloso por la enorme popularidad conseguida por el joven general, quiso alejarlo de París y le envió a Egipto para frenar la expansión colonial británica.

Pero Napoleón regresó antes de lo previsto. Consciente de la descomposición del Directorio, con apoyo del Ejército organizó un golpe de estado en noviembre de 1799. El golpe de *Brumario* —por el nombre de ese mes en el calendario revolucionario— permitió el salto del militar a la política. El Directorio fue disuelto y el poder ejecutivo confiado a un Consulado dominado por el propio Napoleón, sucesivamente nombrado Primer Cónsul y Cónsul Vitalicio. Las constituciones de 1799 y 1802, que dieron cobertura legal a su dictadura personal, definieron el nuevo modelo institucional. Se recuperó el sufragio universal, aunque solo podían votar las personas registradas en las “listas de confianza”. Teóricamente, también se respetó la división de poderes, pero en la práctica Napoleón —que en 1804 se proclamó Emperador de Francia— controlaba la prensa, la actuación de los cuerpos legislativos y la designación de los jueces.

Napoleón acabó con la corrupción y la ineficacia de los gobiernos anteriores. Emprendió una profunda centralización de la administración estatal y del sistema educativo. Creó la Banca de Francia para estabilizar y sanear el

sistema financiero. Estableció un nuevo Derecho Civil ajustado a los intereses de la burguesía. Suscribió un concordato con el Papa con el fin de normalizar las relaciones con la Iglesia católica. Todo ello sin desatender sus obligaciones militares, pues barrió las diversas coaliciones montadas contra él. El Imperio alcanzó su máxima extensión en 1810. En ese momento, Napoleón controlaba la Confederación Suiza, la Confederación del Rin, el Ducado de Varsovia y el Reino de Italia. Aliados suyos eran los reinos de España, Westfalia y Nápoles, regidos, respectivamente, por sus hermanos Joseph, Jérôme y su cuñado Murat. Hasta Suecia, Prusia y Austria, enemigos tradicionales, se habían reconciliado con él. Solo quedaban fuera del dominio imperial Rusia e Inglaterra.

Inglaterra había alentado con armas y dinero todas las coaliciones antinapoleónicas formadas hasta entonces. Consciente de su inferioridad en el mar, el Emperador decretó en 1806 el bloqueo continental a los navíos ingleses. A medio plazo, la medida resultó perjudicial para el comercio británico, pero también para los aliados franceses. Uno de los pocos soberanos europeos que decidió saltarse la orden fue el zar Alejandro I, molesto además por la existencia del Ducado de Varsovia. La campaña rusa (junio-diciembre de 1812) constituyó el mayor error estratégico de Napoleón. Las inmensas distancias, la política de tierra quemada practicada por el general Kutúzov y las dificultades logísticas hicieron muy penoso el avance de la *Grande Armée*. Pero la llegada del invierno y la desmoralización de las tropas hizo aún más penosa la retirada. Medio millón de soldados imperiales no volvieron.

1813 fue otro *annus horribilis* para Napoleón. El batacazo ruso demostró que sus tropas no eran invencibles y alentó la creación de una nueva coalición, la sexta. El Ejército imperial volvió a ser derrotado en Leipzig (16-19 de octubre), en la batalla más cruenta de todas, que marcó el principio del fin de la Europa napoleónica. Para entonces, los franceses habían sido desalojados de la Península Ibérica. Pero las hostilidades continuaron hasta que el 31 de marzo de 1814 Blücher entró en la capital francesa y forzó la abdicación del Emperador, que fue confinado en la isla de Elba. Napoleón consiguió escapar y llegar a París, donde en muy poco tiempo levantó un nuevo ejército. Pero esta vez su imperio solo duró cien días. El combate definitivo tuvo lugar en Waterloo, muy cerca de Bruselas, el 18 de junio de 1815. Las tropas de la séptima coalición, mandadas conjuntamente por Blücher y Wellington, obtuvieron una rotunda victoria. Esta vez, Napoleón fue deportado a Santa Elena, una isla perdida en el Atlántico sur, donde acabó sus días.

Guillermo II, rey de Prusia y emperador de Alemania

Tras las guerras napoleónicas, Europa conoció un siglo de relativa paz. Aunque no faltaron conflictos bélicos, fueron breves en el tiempo y localizados en el espacio hasta el estallido de la Primera Guerra Mundial, en 1914. Esa relativa calma, sin embargo, no impidió que se produjeran grandes transformaciones en el plano político, económico y cultural. El despliegue de grandes ideologías, como el liberalismo, el nacionalismo o el socialismo, coincidió con la consolidación del capitalismo. Ya en el último tercio del XIX tuvo lugar una segunda revolución industrial en torno a la electricidad, la química y el petróleo, que modificó radicalmente las condiciones de vida, sobre todo allí donde el impacto de la industrialización, la urbanización y la alfabetización fue mayor. No solo varió el paisaje físico, que se llenó de chimeneas, altos hornos, vías de ferrocarril, canales navegables, construcciones metálicas, barcos de vapor, grúas e inmensas instalaciones portuarias... También cambió la estructura social y mental de los europeos, especialmente en las grandes ciudades, que se iban poblando gracias a la emigración y diversificando por la aparición de nuevos grupos sociales (la burguesía financiera e industrial, una pujante clase media y el proletariado). La gran ciudad —con sus parques y avenidas, teatros y cafés, barrios residenciales y cinturones de miseria— modificó costumbres, hábitos sociales y formas de vida. Estaba surgiendo la sociedad de masas.

Uno de los países más afectados por este conjunto de transformaciones fue Alemania. Tras las guerras napoleónicas, los antiguos territorios del Sacro Imperio Romano Germánico habían quedado políticamente desubicados. Con el fin de garantizar su seguridad sin perjudicar el equilibrio europeo, el Congreso de Viena creó en 1815 la Confederación Germánica bajo la presidencia de Austria. Compuesta por ducados, principados y ciudades independientes, la Confederación se regía por una dieta con sede en Fráncfort del Meno. A los delegados de los Estados miembros cada vez les resultaba más difícil tomar acuerdos efectivos por la creciente rivalidad entre Austria y Prusia. Esta última se acabó imponiendo. La ruptura definitiva se produjo en 1866, cuando Prusia derrotó a Austria en la Guerra de las Siete Semanas, forzó la disolución de la Confederación Germánica y la reemplazó —ya sin Austria— por una Confederación Alemana del Norte. Fue el primer paso hacia la creación del Segundo *Reich* (imperio) alemán. Este se constituyó formalmente el 18 de

enero de 1871, tras la victoria militar de los prusianos sobre los franceses y la incorporación de Alsacia y Lorena.

Aunque los honores recayeron en el *káiser* (emperador) Guillermo I, el verdadero artífice de la unificación alemana había sido su canciller, Otto von Bismarck. Jurista de formación e hijo de un terrateniente, el futuro canciller comenzó su carrera política como representante de la nobleza en el parlamento prusiano. Más tarde fue embajador de su país en Fráncfort, San Petersburgo y París. Su gran oportunidad llegó en 1862, cuando Guillermo I, por entonces tan solo rey de Prusia, le nombró canciller. Bismarck ideó la reforma militar que hizo de Prusia una potencia militar y dirigió la creación de una Gran Alemania sin el concurso de las masas, combinando de forma inteligente la diplomacia y la fuerza. Conservador, realista y pragmático, también promovió la carta magna de 1871 para dar apariencia constitucional a un régimen autoritario y proporcionar un barniz federal a un variado conjunto de territorios dominado por Prusia. En política exterior, diseñó un complejo sistema de alianzas para mantener aislada a Francia. Tras asegurar que Alemania era una potencia satisfecha con la sólida posición alcanzada en Europa, Bismarck evitó que su país se implicara en la carrera colonial.

Ese fue precisamente el motivo aducido en 1890 por Guillermo II para despedir al viejo “canciller de hierro”. Guillermo II era la antítesis de su abuelo, Guillermo I. Si este era discreto, reflexivo y prudente, su nieto —que también lo era de la reina Victoria de Inglaterra por el lado materno— era arrogante, impulsivo y voluble. Sus biógrafos aseguran que no carecía de inteligencia, y que estaba realmente interesado en la ciencia y la tecnología. Pero también señalan su carácter indolente y desconsiderado. Lo achacan a un doble complejo. Por un lado, a una minusvalía de nacimiento que le dejó un brazo casi paralizado; por otro, a la fría relación mantenida con una madre orgullosamente altiva de su origen inglés. Formado en los rígidos valores de la aristocracia militar prusiana, esta mezcla incontrolada de vanidades y frustraciones desmesuradas le empujaba unas veces a la hiperactividad y otras a la inacción.

Especialmente en el ámbito de las relaciones internacionales, el desconocimiento y la temeridad guiaron las decisiones de Guillermo II. Además, sus bravatas y sus declaraciones extemporáneas —como las realizadas al *Daily Telegraph* en 1909—, causaron absoluta perplejidad. La política exterior del *Reich* se volvió contradictoria e incoherente. Si la estrategia de Bismarck había sido tranquilizar a Rusia y aislar a Francia para preservar la posición de Ale-

mania en Europa central, el *káiser* consiguió que Rusia y Francia suscribieran un acuerdo militar al que también se sumó Gran Bretaña, alarmada por la potente marina de guerra que estaba construyendo Alemania con la intención de crear su propio imperio ultramarino. En 1907 se completó un nuevo sistema de alianzas con dos bloques perfectamente alineados. Por un lado, la Triple Entente, formada por Gran Bretaña, Rusia y Francia; por otro, la Triple Alianza, con Alemania, Austria-Hungría y —solo nominalmente, porque nunca se sintió demasiado comprometida— Italia.

Entretanto, se fue caldeando el ambiente. Los dirigentes de la poderosa industria alemana reclamaban una mayor presencia en el mercado mundial. Los jefes del Alto Estado Mayor se mostraron alarmados porque Francia y Rusia se estaban rearmando considerablemente. En la prensa y en las calles, poderosos grupos de presión de corte ultranacionalista defendían la posibilidad de una guerra preventiva para eliminar a los rivales de Alemania antes de que fuera demasiado tarde. Pensaban que una guerra limitada reforzaría la supremacía militar del *Reich* en el continente y lo convertiría en una gran potencia colonial (a costa de Bélgica). Ese era el propósito de la *Weltpolitik*. Esa política exterior desprejuiciada y amenazante, que reclamaba para Alemania “un lugar bajo el sol”, acabó de forma catastrófica.

¿Fue Guillermo II el único responsable del estallido de la I Guerra Mundial? Las investigaciones recientes lo descartan. En 1914 el ambiente estaba muy cargado. La rivalidad entre las grandes potencias, las tensiones internas, la diplomacia secreta, la inestabilidad de los Balcanes o las pulsiones chovinistas —que apelaban directamente al lenguaje de la fuerza y habían hecho de los desfiles militares una parte esencial del ceremonial público— eran síntomas preocupantes. Pero muy pocos lo advirtieron. Emperadores, reyes, políticos, diplomáticos y jefes militares vivían, como ha señalado la historiadora Margaret Macmillan, en una “peligrosa complacencia”. Si antes del magnicidio de Sarajevo consideraban absolutamente improbable una guerra a gran escala, la provocaron en tan solo 37 días con sus errores de cálculo, excesos de confianza y decisiones sin marcha atrás. Actuaron, asegura Christopher Clark, como “sonámbulos, inconscientes del horror que estaban a punto de traer al mundo”. Y cuando llamaron a la movilización general, la juventud acudió presurosa, seducida por “la vieja magia de banderas y discursos patrióticos” (Stefan Zweig).

Lo que comenzó siendo la *gran guerra* europea antes de pasar a ser considerada como la Primera Guerra Mundial (1914-1918) provocó una catástrofe sin precedentes: diez millones de muertos (un tercio de ellos civiles), otros veinte de heridos y mutilados graves, un continente arrasado, una generación perdida y una deuda estratosférica en créditos de guerra. Pero, sobre todo, fue una experiencia embrutecedora y deshumanizadora, que inauguró una época particularmente sombría en Europa. En palabras de Julián Casanova, “todos los horrores de la Europa del siglo XX salieron de aquella guerra”.

Adolf Hitler, *führer* del III Reich

De aquella calamidad Guillermo II salió bastante mejor parado que su país. Abdicó tras la derrota y se exilió en Holanda. El exemperador vivió allí sin mayores contratiempos hasta su fallecimiento, en 1941. La suerte de Alemania fue muy distinta. Las potencias vencedoras rechazaron las propuestas conciliadoras de Woodrow Wilson, el presidente norteamericano presente en las conversaciones de paz, y, tal como proponía Georges Clemenceau, jefe del gobierno francés, se decantaron por “hacer pagar a Alemania”. El Tratado de Versalles imputaba a Alemania (y a sus aliados) haber comenzado una guerra de agresión y le imponía la reparación de los daños causados. Las medidas adoptadas fueron especialmente duras. Alemania no solo tuvo que disolver sus fuerzas armadas y abonar elevadísimas compensaciones, también perdió todas sus colonias y sufrió importantes amputaciones territoriales en favor de Francia, Bélgica, Dinamarca y Polonia, hasta el punto de quedar partida en dos. Además, debió aceptar la desmilitarización de Renania y ceder temporalmente las minas del Sarre. Como vaticinó John M. Keynes, miembro de la legación británica desplazada a París, aquella paz ‘cartaginesa’ no favoreció la reconciliación de Alemania con sus vecinos, ni tampoco su propia estabilidad interna.

Tras la disolución del Imperio, los alemanes tuvieron que establecer un nuevo sistema político. En un clima extremadamente tenso, casi guerracivilista, se constituyó la República de Weimar. Conocida por el nombre de la ciudad donde se aprobó la constitución, sus principales impulsores fueron los socialdemócratas —el partido más numeroso y mejor organizado—, los liberales progresistas y los católicos del *Zentrum*. A pesar de su carácter democrático y socialmente avanzado, el nuevo régimen nació con un triple estigma. Si para los monárquicos era el resultado de una “puñalada por la espalda”, para la

derecha ultranacionalista representaba la imposición más humillante del tratado de Versalles. Los comunistas, por su parte, despreciaban aquella república “burguesa” que había liquidado la revolución proletaria espartaquista en 1919. Con tantos y tan numerosos enemigos, sorprende que la República aguantara tanto tiempo. Superó la hiperinflación de 1923, que terminó de arruinar a las clases medias, pero no pudo remontar la crisis económica mundial de 1929.

Un tercio de la población activa quedó en paro y unos gobiernos cada vez más autoritarios e impopulares fueron incapaces de reconducir la situación. La crisis económica derivó en una crisis política, como ponen de manifiesto las cuatro elecciones generales registradas entre mayo de 1928 y noviembre de 1932. Las dos últimas fueron ganadas ampliamente por el NSDAP, el Partido Nacional Socialista de Alemania, una formación hasta entonces marginal dirigida por Adolf Hitler. Los líderes nacionalistas le ofrecieron entrar en un gobierno de coalición. Necesitaban a los diputados del NSDAP para controlar el parlamento y a sus matones de las SA para acabar con las protestas callejeras. Pero el dirigente nazi solo aceptó cuando el presidente de la República, el anciano general Hindenburg, le nombró canciller en enero de 1933.

Si Napoleón contó con el apoyo incondicional del Ejército para sostenerse en el poder, Hitler utilizó el partido para colonizar el aparato estatal. En tan solo año y medio estableció una dictadura personal en tres actos: el 28 de febrero de 1933 consiguió que Hindenburg suspendiera por decreto los derechos constitucionales con la excusa de liquidar la conspiración comunista que estaba detrás de la quema del parlamento; el 23 de marzo, después de otra gran victoria electoral, hizo aprobar una Ley Habilitante para gobernar por decreto y sin limitaciones; el 19 de agosto de 1934, recién fallecido Hindenburg, asumió los poderes presidenciales, proclamó el *Fürherprinzip* (principio de obediencia) e impuso al Ejército el juramento de fidelidad a su persona.

El entramado dictatorial se completó con la supresión del resto de partidos y sindicatos, el sometimiento de los cargos públicos, la liquidación de las estructuras federales y la creación de un Estado policial (SA, SS, Gestapo, SD). Simultáneamente, Hitler emprendió la nazificación de la sociedad a través de la *Gleichschaltung* (o sincronización), que implicaba un férreo control de la educación y de los medios de comunicación, así como la afiliación obligatoria a las organizaciones del partido. Para asentar su liderazgo trascendente y carismático desplegó un conjunto de rituales públicos deslumbrantes (discursos con gran carga emotiva, concentraciones de masas en espacios abiertos, esceno-

grafías grandiosas con abundancia de desfiles, himnos, antorchas y esvásticas). A partir de la consigna “un *Führer*, un *Volk*, un *Reich*” (un jefe, un pueblo, un imperio), Hitler creó una religión política, un régimen totalitario que aspiraba a imponer al conjunto del cuerpo social sus propias obsesiones (antiliberalismo, anticomunismo, antisemitismo, revisión del Tratado de Versalles, remodelación del mapa europeo, ampliación del “espacio vital” alemán...).

De poco hubiera servido presentarse como el restaurador del orgullo nacional alemán y prometer la creación de un Tercer *Reich* si Hitler no hubiera sido capaz de resolver los problemas cotidianos de la sociedad. En poco tiempo consiguió reconducir la situación económica gracias a políticas de inversión pública en la construcción de autopistas, desecación de zonas pantanosas y construcción de presas. El gran capital avaló la formidable emisión de deuda gubernamental para financiar esas obras a cambio de la tranquilidad laboral y la protección estatal. La estabilidad monetaria favoreció el crecimiento económico y en 1937 se restableció el pleno empleo. Pero el milagro económico tenía un reverso sombrío y menos difundido: el plan especial de rearme, cuya supervisión Hitler encomendó a Hermann Göering, ministro de Aviación y jefe de la *Luftwaffe*.

La Alemania nazi practicó desde el principio una política exterior agresiva. Si en octubre de 1933 abandonó la Sociedad de Naciones e inició el rearme a gran escala, en marzo de 1935 denunció formalmente el Tratado de Versalles e instauró el servicio militar obligatorio. En marzo de 1936 tropas alemanas ocuparon la zona desmilitarizada del Rin y, desde julio de ese mismo año, apoyaron a los militares españoles sublevados. En octubre se formalizó el eje Roma-Berlín, al que en noviembre de 1937 se adhirió Tokio, para establecer el Pacto Antikomintern (anticomunista). Durante un tiempo las democracias europeas prefirieron mirar para otro lado. Pero la política de “apaciguamiento” seguida por Londres y París envalentonó a Hitler. En marzo de 1938 el líder nazi se anexionó Austria después de un referéndum manipulado y en noviembre ocupó los Sudetes checoslovacos con el pretexto de que estaba discriminada la minoría germana. En marzo de 1939 ocupó Praga y después Memel. A finales de agosto firmó con Stalin un pacto de no agresión germano-soviético con la intención de cubrirse las espaldas y, llegado el caso, repartirse Polonia. Este país fue invadido por tropas germanas el 1 de septiembre de 1939. Dos días después Gran Bretaña y Francia declaraban la guerra a Hitler, dando comienzo así la II Guerra Mundial.

El inicio de la contienda resultó espectacular para la *Wehrmacht*, las fuerzas armadas unificadas de la Alemania nazi. En un año conquistaron gran parte de Europa combinando ardor guerrero, armamento ultramoderno y novedosas tácticas de combate, como la *Blitzkrieg* o guerra relámpago. Solo resistió Gran Bretaña. Pero dos decisiones tomadas en 1942 cambiarían el curso de la guerra: la invasión de la URSS ordenada por Hitler en junio y el ataque japonés a Pearl Harbor en diciembre, que supuso la entrada de Estados Unidos en la contienda. En 1943 las potencias del Eje sufrieron los primeros reveses serios (en Stalingrado, en Kursk, en el norte de África, en Italia y en el Pacífico). El repliegue estratégico continuó al año siguiente. Con el desembarco en Normandía por el oeste y el imparable avance soviético por el este se fue estrechando el cerco sobre Alemania. Ni los devastadores bombardeos aéreos ni los atentados contra Hitler, absolutamente insensible al sufrimiento de la población, lograron parar la contienda. Obsesionado hasta el final con sus propios delirios de grandeza, el dictador se suicidó el 30 de abril de 1945. Tras la captura de Berlín días después por las tropas del mariscal Zhukov, la Alemania nazi firmó la rendición incondicional el 8 de mayo.

En términos demográficos, económicos y sociales, los costes de la Segunda Guerra Mundial fueron aún más espeluznantes que los de la Primera. Solo en Europa murieron treinta y cinco millones de personas, de las que un tercio eran civiles. Además del genocidio judío, que costó la vida a seis millones de personas en los campos de exterminio, la población civil sufrió bombardeos aéreos constantes, deportaciones masivas y masacres indiscriminadas, por no hablar de otros padecimientos relacionados con la ocupación militar. El horror ni siquiera terminó cuando cesaron los combates. La rectificación de fronteras provocó millones de refugiados, desplazados y gentes sin hogar. En 1945 Europa era un territorio devastado, al borde del colapso, dominado por la frustración y la rabia. “Un continente salvaje”, en expresión de Keith Lowe.

A modo de conclusión

Esta vez los vencedores no repitieron los errores de 1918. Para garantizar la convivencia pacífica entre distintos países y resolver sus diferencias utilizando la vía diplomática y la mediación internacional crearon la ONU, aunque que la institución quedó pronto lastrada por la guerra fría. La mutua desconfianza entre las dos superpotencias partió el continente europeo con un

‘telón de acero’. A pesar de esa fractura impuesta, los dirigentes europeos de la segunda postguerra tenían bien aprendida la lección. En lugar de alimentar el resentimiento y los viejos antagonismos, optaron por el pragmatismo y la colaboración. Políticos de diversos países e ideologías se propusieron construir una Europa unida y en paz. Sus desvelos condujeron primero a la creación de la Comunidad del Carbón y el Acero (CECA, 1951) y al Tratado de Roma (1958), antecedente de la actual Unión Europea. Como apuntaba recientemente Hélène Carrère d’Encause, “Europa es la respuesta más bella al totalitarismo”.

BIBLIOGRAFÍA

- David Chandler, *Las campañas de Napoleón. Un Emperador en el campo de batalla: de Tolón a Waterloo (1796-1815)*, La Esfera de los Libros, Madrid, 2008.
- Charles Esdaile, *Las guerras de Napoleón. Una historia internacional, 1803-1815*, Crítica, Barcelona, 2009.
- Keith Lowe, *Continente salvaje: Europa después de la Segunda Guerra Mundial*, Galaxia Gutenberg, Barcelona, 2012.
- Margaret MacMillan, *1914: de la paz a la guerra*, Turner, Madrid, 2013.
- Christopher Clark, *Sonámbulos: cómo Europa fue a la guerra en 1914*, Galaxia Gutenberg, Barcelona, 2014.
- Julián Casanova, *Una violencia indómita. El siglo XX europeo*, Crítica, Barcelona, 2020.